

LOS pueblos suelen desbordar los cálculos de los políticos. Sencillamente, porque existen aspiraciones colectivas imposibles de apresar en las estrecheces partidistas y en los designios de la clase dominante. Es lo que está ocurriendo con las autonomías. Las fuerzas constituyentes, y sobre todo el partido en el poder calcularon dos tipos de ellas: una real, regulada en la disposición transitoria segunda de la Constitución, atendida a las grandes competencias del artículo 149, y otra falsa, atendida a las competencias mínimas del artículo 148. La primera se pensaba para las "nacionalidades históricas", y el gato por liebre se tenía preparado para las "regiones".

Ahora bien, tal maniqueísmo era imprevisible. Tal dicotomía autonómica clasificaba a los pueblos de España y, consiguientemente, a los ciudadanos españoles, en dos clases, de primera y de segunda. La ofensa era flagrante. Es entonces cuando se decide parchear el problema, a base de inventar una tercera vía autonómica, la del aberrante artículo 151 de la Constitución, presidida por la siguiente filosofía: **Dar la posibilidad a los pueblos de segunda de acceder a una autonomía de primera, pero imponiéndoles tales obstáculos que fuera prácticamente imposible el paso.**

Con gran sorpresa del Gobierno, sin embargo, los pueblos de "segunda" rechazan con dignidad tal calificativo y se disponen a salvar con coraje las alambradas del artículo 151, a la conquista de una autonomía auténtica. Así se entra, en el verano pasado, en el fecundo desbordamiento de las autonomías. Y ya tenemos ahora al Estado central y a las clases dominantes cogidos en su propia trampa, tratando de salir de ella mediante el recurso descarado a la arbitrariedad y a la fuerza. Como no fue suficiente la discriminación constitucional para marginar a las "regiones", como no fueron suficientemente altos los obstáculos puestos, como los pueblos de España se empeñan en autogobernarse, pues no le cabe otra alternativa al filisteísmo centralista que retrasar las autonomías de los pueblos que no han cogido la metrallera, o no tienen presión política suficiente, o no sirven a los intereses de UCD y a los de la clase que representa. Y así, el propio Gobierno vuelve la espalda a la Constitución y pretende retrasar "unos meses" el referéndum andaluz, por razones "técnicas", no por otras. Y lo dice con toda desfachatez.

El pueblo andaluz tiene la palabra. Las fuerzas políticas que lo representan deberán recogerla y expresarla con todo vigor. ¿Y si la palabra no basta?... Las nubes del



Todavía manda el centralismo, "el latifundio triunfa", como diría Blas Infante.

ANDALUCIA Y EL CENTRALISMO

JOSE ACOSTA SANCHEZ

franquismo desencadenaron la tormenta de Euskadi, no sea que los vientos del posfranquismo desencadenen algún vendaval en Andalucía.

¡Y que eso ocurra con tres ministros andaluces en el poder! Cuán cierto lo que hemos repetido tantas veces: cuantos más andaluces en el poder central, menos poder tiene Andalucía. El centralismo y el capitalismo vienen jugando así con nuestro pueblo desde hace dos siglos: ¡que gobiernen los jerifaltes andaluces desde Madrid y contra Andalucía! Ahí están para probarlo los Martínez de la Rosa, Mendizábal, Izturiz, Salamanca, Narváez, Primo de Rivera, Alcalá Zamora, Solís y toda la compañía de ministros andaluces del franquismo.

Se habla de construir el Estado de las autonomías, el único posible; se habla de levantar la España de los pueblos, la única posible, pero a la hora de la verdad los soberanos intereses del centralismo capitalista se imponen y no pretenden dar más autonomías que las que se consideran inevitables, es decir, las que ya han sido conquistadas.

Y se trata de eso, precisamente, de si An-

dalucía va a ser capaz de conquistar su autonomía, esperanza última de que, por primera vez en nuestra historia, pongamos orden en nuestra casa, por nosotros mismos, sin muletas fabricadas en Madrid.

Nos cabe la honra de decir, como andaluces, que nuestro pueblo fue el primero en optar por una autonomía de primera, en no resignarse a la discriminación. Y como andalucistas militantes, el orgullo de manifestar que el Partido Socialista de Andalucía ha sido, y lo continúa siendo, la vanguardia de ese salto moral de nuestro pueblo. Efectivamente, Andalucía no fue sólo la primera "región" que eligió la vía más difícil de autonomía, la del artículo 151, y no sólo el primer pueblo de España en superar la primera línea de valladas de la carrera de obstáculos que marca ese artículo, con la iniciativa autonómica de más del 80 por 100 de sus Ayuntamientos, sino que ha sido también el primer pueblo en romper la nomenclatura discriminatoria de la Constitución, reivindicando, porque debe y puede, su condición de nacionalidad, realidad que irá quedando patente a medida que avance la reconstrucción de la historia y la cultura andaluzas y se despliegue la voluntad de nuestro pueblo, manifiesta desde el 4 de diciembre de 1977.

Ahora bien, debemos ser conscientes de que no estamos más que en el principio. Apenas hemos tomado conciencia. Apenas nos hemos hecho respetar. Falta lo más difícil: conquistar la autonomía. Y consolidarla, para emplearla a fondo contra las condiciones de explotación y dominación que hoy tienen expoliado y subordinado al pueblo andaluz.

Nos falta ciertamente hacer nuestro futuro, pero el camino recorrido ha sido muy importante, inédito, diríamos. Hoy todo sigue igual todavía, el centralismo manda, "el latifundio triunfa", como diría Blas Infante, la oligarquía andaluza permanece, junto al paro y el subdesarrollo, pero estamos forjando una voluntad de lucha que vale en potencia más que todas las riquezas. Y ha ocurrido ya algo decisivo: la clase obrera andaluza, por primera vez en su historia, está articulando fecundamente su conciencia de clase a la conciencia de pueblo. Las masas trabajadoras andaluzas, protagonistas fundamentales de nuestra autonomía, saben hoy que luchar contra el capitalismo equivale a hacerlo por la liberación de Andalucía. Se están fundiendo en una sola dos banderas: la roja y la blanqui-verde. Era la primera condición histórica para la conquista de la autonomía.

No estamos, pues, desvalidos ante las trampas del centralismo. ■